

NOTAS DE LA ACADEMIA

NECROLOGICAS



D. AGUSTIN VIRGILI QUINTANILLA

Todo hombre, al morir, con el dolor que su desaparición produce en amigos y deudos, deja entre ellos un vacío difícil de llenar; y cuando había tenido en vida una actuación destacada, ese vacío tiene más amplitud, en el tiempo y en el espacio, excediendo del reducido ámbito de quienes le trataron.

En estas figuras representativas, existen dos clases. Los hombres brillantes que ocuparon altos puestos, alcanzaron señaladas distinciones honoríficas y vivieron en pleno éxito aclamados "en olor de multitud", y los que sin sentirse atraídos ni por la brillantez, ni por los honores, en un quehacer, las más de las veces por muy pocos conocido, recorrieron su vida "sin pausa y sin prisa", pero alcanzando las metas que les habían sido señaladas y consiguiendo, con una sólo aparente facilidad, los frutos que de ellos se esperaban.

Los primeros —haciendo salvedad expresa de quienes, en ámbito nacional, dejaron a su muerte la rica herencia de una obra imperecedera científica o literaria—, se habían fabricado en vida con sus gestos, sus distinciones, y la brillantez de sus éxitos, su propia necrología. Al reportero le es fácil llenar medio centenar de líneas de panegírico póstumo, con sólo enumerar la lista de triunfos, honores y distinciones. Pero ante su muerte se percibe con toda claridad que todos los honores y oropeles caben en no más de media docena de líneas de una esquela mortuoria y que el vacío



que esas figuras dejan es transitorio y se cubre en breve plazo por el simple y frío mecanismo de los escalafones de una u otra clase. En la cúspide de estas figuras de alto relieve tenemos la dura y clásica frase: "A rey muerto, rey puesto".

No ocurre igual con los hombres de quehacer silencioso y tenaz que alcanzan con diario esfuerzo las metas que se les señalaron. Cuando para ocupar puestos destacados se precisa el sacrificio de la propia satisfacción y la escasa publicidad de la difícil tarea de vencer dificultades, sin interés material propio, y en beneficio de los demás, al llegar la muerte ni cabe en escaso número de líneas el recuento de méritos, ni funcionan los escalafones brindando sustitutos. Y ante el vacío aparece, dramáticamente, la perplejidad para buscar sucesores. Son estos hombres, precisamente, los que construyen la Historia, en las Provincias, en las Regiones, captando anhelos y percibiendo necesidades, y recorriendo penosos caminos para alcanzarlos o satisfacerlas, supliendo con su silenciosa y tenaz actividad las dificultades que, para estos logros, existen siempre allí donde, si no se los encauza o acelera, llegan o tarde o mal o nunca, los remedios de los Organismos centrales de la Administración.

Y en estas dos facetas de personalidades que hemos aludido, está el meollo de la diferencia entre la brillantez y la eficacia. La primera abre las puertas del Panteón de los diccionarios o enciclopedias. La segunda las del Olimpo inmortal de la memoria y gratitud de los hombres.

Don Agustín Virgili estaba adornado de virtudes ejemplares y numerosas, muy difíciles de concurrir juntas y que él supo conjugar para trazarse una especialísima forma de actuar en su vida. Era hombre afable, que es bastante más que ser amable, y sabía acoger y escuchar a todo el mundo. Su categoría científica, como Ingeniero de seria formación técnica, le permitía esa cosa difícil que es manejar ideas claras y saber distinguir lo esencial de lo superfluo. Su talento natural, eso que llamamos "luces naturales", le dotó de una intuición sorprendente para ver con claridad meridiana las metas a alcanzar, y encontrar, muchas veces, soluciones inesperadas a las dificultades. Su larga experiencia política, actividad para la que disponía de ricos caudales de capacidad y vocación, le enseñó el camino a seguir en cada caso para conseguir los fines que pretendía. Su conocimiento de los hombres y de la vida le hizo ver que —como dijo Kiplin en un bello poema— "el éxito y el fracaso no son sino dos grandes impostores del destino" que el hombre debe afrontar con serenidad, liberado de la vanidad y del desmayo. Su claro concepto del deber reducía en tal forma sus ocios,



sus ratos de asueto y distracción, que todo el mundo se preguntaba cómo lograba encontrar el tiempo para poder ocuparse de las cosas que a diario reclamaban su actividad. Su sentido común unido a su contacto continuo, por su profesión, con la vida agrícola, le hizo conocer la paciencia y el ritmo en el obrar con igual temor a la prisa y a la demora, hasta encontrar la medida justa para que al llegar el fruto a sus manos, ni estuviera aún verde ni ya fuera de sazón. Conocer con precisión la diana a que se apunta, la saeta que debe utilizarse, el instante de disparar y la tensión de la cuerda del arco para lograr la velocidad adecuada... es el secreto de la eficacia. Y ese secreto lo poseía como nadie don Agustín Virgili. Y lo poseía en tal escala que todo en él, pregonaba esa posesión; su hablar lento y pausado; su forma de andar con ritmo parecido; la atención a su interlocutor y el respeto a lo que escuchaba cuando sabía que las palabras provenían de persona docta en la materia; su desdén por la discusión y su preferencia por el diálogo; su laboriosidad sin cansancio.

Todo cuanto a Murcia podía interesar, desde el deporte hasta la política, desde la conservación de tradiciones a la instauración de novedades, constituyó siempre su mayor preocupación y consumía su casi total actividad diaria. Nada que preocupara a nuestra región le era ajeno. La defensa de nuestros regadíos, la mejora de nuestros cultivos, la creación de nuestra riqueza algodonera, la lucha por mantener tradiciones como los Auroros o los edificios pregoneros de la historia murciana. Y esas devociones por cuanto Murcia anhelaba, fueron la causa de sus prolongadas permanencias, fuera de lo normal, en puestos donde los relevos son frecuentes. Desde 1939, fue nueve años Alcalde de Murcia; nueve años Presidente de la Diputación; dieciséis años Presidente de la Academia de Alfonso X el Sabio, en cuyo desempeño le alcanzó la muerte. Incluso cuando presidió la Junta Directiva del Real Murcia, supo conseguir elevar la categoría del equipo, y colocarlo por primera vez, en la Primera División.

Su muerte ha producido en la Academia y en todos sus miembros un profundo dolor y significa para la Corporación una grave pérdida. Cuando murió el anterior Presidente, el inolvidable don José Pérez Mateos, el vacío que dejó pudo ser providencialmente cubierto por don Agustín Virgili que cumplió durante dieciséis años su función con el más alto decoro y con la mayor eficacia. Desempeñó la presidencia en un ámbito de continua cordialidad con todos sus componentes, atendiendo todas las sugerencias y propuestas y completando la labor académica con su experiencia política y su culto por Murcia y por su historia. Procuró siempre que la Corporación estuviese presente, decorosamente representada, en todos los



Congresos. Buscó por todos los medio aumentar los recursos económicos de la Academia e imprimió gran actividad a sus publicaciones y a su vida cultural. Durante su presidencia se convocó y celebró la Primera Semana de Estudios Murcianos que constituye una serie de monografías del más alto interés, de autores de la mayor capacidad sobre todos los aspectos de la historia de nuestra región; se publicaron los tres volúmenes de las Justas Poéticas murcianas desde 1600 a 1635; varios tomos de la colección de Biografías de Murcianos Ilustres; una nutrida serie documental, fruto de un meticuloso estudio de bibliotecas y de archivos, entre las que se cuenta el Repartimiento de Murcia, los Documentos de Alfonso X el Sabio, los del siglo XIII, los Fueros y Privilegios de aquel Rey; la Historia de Alfonso X el Sabio de Ballesteros... y bastantes más.

Su amor a la Academia y su preocupación por el curso de sus actividades, era de tal magnitud que, incluso ya herido de muerte, e imposibilitado de toda actividad, insistía en que las reuniones se celebrasen en su propia alcoba de enfermo.

La Academia y todos sus miembros le recordarán siempre con cariño con gratitud, con admiración y con dolorosa nostalgia, y siente en estos momentos la honda preocupación de las enormes dificultades que supone llenar el vacío que deja con su muerte.

Para el académico que suscribe ha sido un altísimo honor el que se le designara para el doloroso quehacer de dejar constancia en estas páginas de esos sentimientos y de esa inquietud. Aceptó el encargo sabiéndole muy superior a su capacidad. Don Agustín Virgili merecía un panegírico más encendido y elocuente, y el lector de estas páginas un estilo más brillante y cuidado.

Antonio Pérez Gómez



D. LUCIANO DE LA CALZADA

La vida de don Luciano de la Calzada fue, desde su juventud, activa, enérgica y generosa. Activa porque era hombre en el que la idea, la creencia y el proyecto no quedaban en especulación o ensueño. Fue universitario de sólida formación con grandes maestros a los que supo ser fiel, y su vida como profesor significó también una entrega a la reflexión intelectual y a la docencia. Su otra vocación, o la otra faceta de su única vocación de amor a España, fue la política. De raíz entrañadamente montañesa, con un amor profundo a esa tierra de ensueño, a las suaves marismas de Colindres, entre las grises y ásperas montañas atrás, fue en Castilla en donde su apasionada entrega a la acción política, en tiempos tormentosos, se desarrolló, y llegó al Parlamento en una etapa difícil y violenta de la historia. Después, tras años de reposo en ese aspecto, cuando estaba entregado a una difícil investigación sobre el siglo XIX fue casi obligado a ocupar un puesto, aparentemente de representación, pero que él convirtió en algo increíblemente activo. Y fue en Murcia, de mar a mar vino, y sirvió a esta tierra con su más intensa energía.

En estos momentos difíciles, los años de la postguerra española, vino a Murcia. Pensó que era sitio de paso, fue de queda. Había accedido a la cátedra y así renació su vocación de historiador. Recibió apenas nacida la Facultad de Filosofía y Letras y heredó un Colegio Mayor con muy modestas instalaciones. Facultad y Colegio fueron mucho de su vida. Fortaleció la Facultad, luchando por dotarla de edificio, lo mismo hizo con el



Colegio (con incidencias poco agradables, enfrentándose con la picaresca nunca ausente en España). Poco a poco, fueron naciendo los Seminarios, crecían los libros, llegaban profesores, se formaban otros entre nosotros, se crearon los Cursos de Extranjeros, la Sección de Historia, que fue una empeñada ilusión, tan enorme que no dejó de causarnos problemas que siempre solucionaba con generosa alma. Nacían la Sección de Lenguas Modernas, el Laboratorio de Idiomas. Entre impaciencias y paciencia, soportaba toda la difícil convivencia en los claustros, siempre dando un tono cordial, siempre suavizando asperezas o violencias de los demás (y de él) con inmediatas llamadas telefónicas, interminables conversaciones en su casa. Fue querido y respetado por sus compañeros, que en muchos años no quisieron tener otro Decano.

En su labor de estudioso, fue sobre todo el siglo XIX lo que le atrajo. Reunió un archivo riquísimo, de materiales de importancia decisiva, que trabajó con amor y paciencia. Pero cuando iba culminando esa primera fase, como no era solamente un investigador, sino también un hombre que amaba la entrega al bien común, a la razón práctica, hubo de aceptar el puesto a que antes me refería. Delegado de la Confederación del Segura, y también de los Canales del Taibilla, luchó por dar agua a las tierras sedientas del Sureste, impulsó la construcción de grandes presas, y esa empresa del Trasvase, que no llegaría a ver lograda. No por ello renunció a su labor docente, ni a la dirección de trabajos. Sus materiales los entregaba a alumnos, y centenares de tesis de licenciatura, muchas de doctorado y de investigación fueron el resultado de esa acción callada de cada día. Era un historiador que vivía la historia como presente, viendo en ella a los hombres. Fue generoso en su saber, y nunca se negaba a pronunciar conferencias para públicos juveniles. Los que veíamos el enorme esfuerzo de preparación de esas intervenciones, apreciábamos después el resultado, brillante y atractivo, siempre iluminador. Esa misma solidez tenían sus trabajos y libros, sobre temas medievales o sobre los Reyes Católicos.

Nunca renunció a esa labor, sintiéndola con paralelo amor a la acción concreta. Ni cuando nos asombraba por su tensa vitalidad ni cuando sufríamos al verlo acometido por una enfermedad que soportó con dignidad, sin queja ni casi comentarios. Heroicamente se sobreponía a las crecientes limitaciones. Con dificultad de movimientos, con voz debilitada cada vez más, aun impartía sus cursos, juzgaba tesis, o presidía juntas de facultad, a veces tensas, en las que mesuraba y reducía a escala humana las discusiones a veces enfadosas.



En esta Academia nunca quiso ser más que un académico celoso en las asistencias, sabio en el consejo, servicial en todo lo necesario. Contribuyó a las tareas comunes con un sentido ejemplar de compañerismo. Pensaba siempre de un lado, con la coordinación con las investigaciones universitarias, de otro en el valor práctico de posibles actividades.

Y así fue su vivir, denso, vario y auténtico. En nosotros quedará su recuerdo entrañado en carne y sangre, y su ausencia será un dolor difícil de calmar.

Manuel Muñoz Cortés

